

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

SEGÚN LOS OJOS

Según los ojos de Franco, ella merecía ser rociada en los ojos.

Según los ojos del policía que encontró el cadáver, algo habría hecho aquella mujer para merecer semejante muerte.

Según la gente, era una demente más que moría en las mismas calles que Tammerlane le ofrecía para albergarla.

Según los ojos de la mujer, su vida y un final de una historia sin sentido, o con sentido...

Según los ojos.

El miedo que carcomía sus ojos lo llevó a dar una fugaz pero eficiente mirada por aquella vidriera al pasar, exactamente la vidriera de la armería.

Se detuvo, regresó y reflejó su rostro en el vidrio, pero con sus ojos clavados a través de él, exactamente en aquel tubo de Gas de Pimienta.

Se llamaba Franco, y atendía un maldito pool en una de las deplorables zonas de la parte céntrica de Tammerlane. Y realmente estaba cansado.

Su vida lo había llevado a aquel miserable trabajo sin ninguna expectativa de mejora. Y como no habrían cambios, lo mejor era adaptarse a los tiempos que corrían: la delincuencia estaba creciendo, y para fines de los noventa, los ladrones no sólo se llevaban la recaudación del día, sino muchas veces el alma del ocasional encargado.

- Quiero uno. – le dijo al hombre del mostrador, y señaló aquel objeto lo que haría erguirse con más firmeza.

El hambre que la carcomía hizo que sus ojos se detengan en la entrada del local y entre.

Cuando subió las escaleras y llegó hasta la barra de aquel pool, ya había olvidado por lo que había venido.

Según el olfato de la gente, obviamente acompañados por los sentimientos prejuiciosos que forjaban los ojos, la vieron caminar por mil calles, y la esquivaron, se la sacaron de encima, le temieron, se le rieron, la escupieron, la empujaron, y le quitaron los ojos de encima.

Aquella mujer de ropas rotas, la cual hablaba sola, lloraba, deliraba por algo posiblemente imaginario, era un motivo para detestar: la caída del humano. Lo cierto es fue que como todo lo incomprendible, se le temió.

Según los ojos de la ley, era una más: desnuda, sucia, irritada, lastimada, olorosa, raquítica, muerta.

Los dos policías que bajaron del patrullero no tuvieron nada que decir o hacer, salvo llamar a los enfermeros para que en bolsa y bandeja aquello que no se mira y se esconde en la morgue.

- Murió Fabrizio... - dijo ella, al borde de las lágrimas, y Franco apartó sus ojos de la bendita televisión para volverlos a los de ella.

- Acá no se puede, señora! – dijo, como era su costumbre para todas aquellas personas que no cumplían con el más algún requisito de higiene y locura.

- Murió Fabrizio... - continuó, caminando, olvidando el hambre, pérdida en su locura. Todo estaba relajado, aturdido, amarillento... igual que todos los malditos días, desde algún maldito día que se había perdido en su demente cerebro.

El local no tenía clientes. Eran altas horas de la mañana, y Franco se había dedicado a echar a todos los borrachos o vagos de una cerveza cada tres horas. Y si bien ella no era peligro aparente, según los ojos, era distinta, rara, especial, y por ende de temer.

- Murió Fabrizio... - continuó, y se detuvo frente a la barra.

Franco la miró con rudeza, y según sus ojos la midió para imaginar vencerla. Iba a ser fácil. De todas formas entendía que muchas veces aquellos locos sacaban fuerza de la nada, y arrasaban con todo.

- Murió Fabrizio... - y sus ojos se clavaron en la campana de plástico transparente, donde dentro de ella se dibujaba un hermoso emparedado de jamón y queso.

- Se tiene que ir, señora. Son las cinco de la mañana. Se adentro se acabó la joda.

Los ojos de la mujer se desviaron a los ojos de Franco, y volvieron al emparedado.

- Señora... - insistió.

Pero los oídos y los ojos no escucharon, no quisieron escuchar.

- Señora!... Le repito que se vaya o voy a tener que llamar a la policía.

Según los ojos de Franco, la policía servía de algo, pero todavía podía demostrar que estaba seguro de sí mismo ante los miedos. Porque con el fabuloso Gas Paralizante, no había reto que pudiera limitarlo.

- Señora...

Dentro de los ojos de la memoria de la mujer, se hallaba toda esa gente, las burlas, el pasado borroso, el nombre Fabrizio, y la ira.

Y con ira extendió sus manos e intentó alcanzar las proteínas tras el cristal.

Franco, veloz como un rayo, una luz, un maestro de la destreza, sacó el tubito de su bolsillo, apuntó a los ojos de la mujer y disparó el chorro.

Enseguida, la pobre miserable se llevó las palmas al dolor, pero éste y la vida la vencieron, para terminar cayendo de rodillas al piso.

Según los ojos de Franco, no era oportuno tener problemas con nadie, así que asumió la opción “la casa se reserva el derecho de admisión”. La tomó por los brazos y la arrastró hasta la calle tal como una bolsa de papas.

Y allí quedó vencida, retorcida en su misma, con los ojos irritados en fuego.

Según los ojos de unos ocasionales borrachos que pasaban por ahí, aquella miserable mujer enceguecida era una oportunidad como para cargarse algo de ropa que luego venderían en una feria tammericana.

- ... la podemos llevar al costado de las vías.

Según los ojos de los miserables, la oscuridad y la figura de ella, violada. Según los oídos, los gritos mudos.

Según las horas, la ley y lo que la ley veía y no le importaba porque no era su responsabilidad: una más de tantos locos de Tammerlane.

Según el tiempo en pasado, los ojos de ella mirando por última vez la última escena real de su vida, la cual destruiría todo el resto de su existencia como mujer...

Según el pasado, los ojos de una madre frente al ataúd su hijo, la única persona en su Universo, muerto en manos de alguna otra mirada distinta... distinta como todos los tipos de miradas y realidades de las personas que habitan Tammerlane.

Según los ojos, esta podría ser la historia de un insecto rociado con veneno, pisoteado, asesinado y descartado.

FIN